

**JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO Y JORGE LUIS BORGES: LA VERDAD DEL POEMA**

*José Agustín Goytisolo and Jorge Luis Borges:  
the truth in the poem*

EFI CUBERO

eficubero@hotmail.com

**Resumen:** Jorge Luis Borges y José Agustín Goytisolo. Tan distintos de ideología, tan diferentes ambos, pero tan parecidos en esa construcción de la voz personal que oscila entre lo universal y lo íntimo, tonalidad elegíaca y celebratoria, el punto de inflexión de la ironía, la acción reflexiva y vitalista de lo urbano, el culto hacia la madre, el respeto hacia el padre, la pasión por la historia, los clásicos y la filosofía, esa incontenible sed de universalidad que ambos experimentan hacia otras culturas, la memoria, la condición imprescindible de ser antes que nada lectores, la duda como conocimiento, el convertir en literatura su propio entorno, su territorio de origen, la extrañeza, y sobre todo, y por encima siempre del creador, la verdad del poema que acaso resida también en ese punto de inflexión que Borges sugiere: “Lo que pierde el olvido y la mirada transforma”.

**Palabras clave:** profundidad, desdoblamiento, creación, complejidad, transparencia

**Abstract:** Jorge Luis Borges and José Agustín Goytisolo. They were different. They also expressed a dissimilar ideology. But they conceived an alike construction of their personal voices oscillating between the universal and the intimate. We can find several points in common: an elegiac and celebratory tone, a particular sense of irony, a cult towards the mother and respect for the father. They shared the same passion for History, Classics and Philosophy. Their interest in other cultures demonstrates a vocation for universality. Above all else, they considered themselves as readers. In the worlds they created, doubt was the previous step for knowledge. They turned their environments into Literature and the truth in the poem took priority over their work as writers. On this aspect, Borges suggested: “What is lost by obscurity and the look transforms”.

**Keywords:** profundity, splitting, complexity, transparency, creation

*Para Asunción Carandell y Julia Goytisolo con mi incondicional cariño*

Cierto día resguardada del frío y con su lucidez característica, Marguerite Yourcenar escribió: “Los retazos de una vida son tan complejos como la imagen de una galaxia” (2012).

Pienso en esas sabias palabras cuando me adentro en la vida, y sobre todo en la obra, riquísima y variada de dos imprescindibles: Jorge Luis Borges y José Agustín Goytisolo. Tan distintos de ideología, tan diferentes ambos, pero tan parecidos en esa construcción de la voz personal que oscila entre lo universal y lo íntimo, tonalidad elegíaca y celebratoria, el punto de inflexión de la ironía, la acción reflexiva y vitalista de lo urbano, el culto hacia la madre, el respeto hacia el padre, la pasión por la historia, los clásicos y la filosofía, esa incontenible sed de universalidad que ambos experimentan hacia otras culturas, la memoria, la condición imprescindible de ser antes que nada lectores, la duda como conocimiento, el convertir en literatura su propio entorno, su territorio de origen, la extrañeza, y sobre todo, y por encima siempre del creador, la verdad del poema que acaso resida también en ese punto de inflexión que Borges sugiere: “Lo que pierde el olvido y la mirada transforma”.

Conocí y traté y leí, releí y sigo leyendo a JAG, en cambio a Borges sólo lo he leído. A los dos con la pasión y el admirativo respeto que una obra como la de ellos merece.

Yo quisiera ahora mismo tener su misma capacidad de síntesis y profundidad para elegir la información precisa, y la justa palabra, con la perspectiva de la inmediatez tan magistral como contundente; pero aquí solo vengo como lectora y también como depositaria de algunas de las muchas conversaciones que tuve la suerte de entablar con José Agustín Goytisolo. La mirada entonces que intento proyectar es, de alguna forma, subjetiva. Para adentrarse en territorios de un mayor calado y solvencia es justo recomendarles los estudios sobre Goytisolo de Carme Riera, por ejemplo, o de otras muchas rigurosas y significativas voces que han analizado desde todos los ángulos posibles, y en todos los lugares, a estos dos irrepetibles creadores.

De todas formas comparto ese axioma del propio Borges cuando afirma que “No se puede leer sin admiración” e invito a que, independientemente de los estudios que sobre ellos se han formulado, los lean a fondo, disfruten de esas obras que incitan por sí mismas a bucear más y más en ellos, que confíen y se abandonen a ese poder de sugestión sin tiempo, al desdoblamiento de sus pliegues y a la reversibilidad de ese juego de espejos que establecen con los propios lectores y que sin duda éstos completan y complementan porque, como dice el Maestro argentino, uno de los autores más trascendentales del siglo XX: “La inmortalidad se logra en las obras, en la memoria que uno deja en los otros.”

Ahora me parece mentira que hayan pasado tantos años desde su marcha y que, sin embargo, sigan aún convocándonos. Que sigamos

leyéndolos con esta fuerza cómplice, tan actual, tan frescamente viva. Que continúen escribiendo para sus lectores con la misma pasión que en sus inicios. Remarco con toda intención ese “continúen escribiendo” porque como sucede con un paisaje que amamos especialmente o con las ciudades sorprendivas y cambiantes que a veces nos desconciertan, siempre un poema de Goytisolo o de Borges poseerá esa íntima cualidad mutable en la que cada vez que nos aproximemos a una nueva lectura nos parecerá distinto o renovado, focalizado bajo luz diferente entre contradictorias perspectivas sin que deje por ello de ser la misma y unitaria obra; de ahí su incuestionable y perenne actualidad.

Mi amistad con José Agustín se fraguó por desgracia en pocos años. Más o menos en los últimos cuatro años de su vida. El poeta me fue casualmente presentado por dos de mis mejores amigos: Rufino Mesa y Assumpta Rosés (Assumpta es sobrina de Asunción Carandell, mujer de Goytisolo), aunque la estrecha vinculación con su poesía venía ya por mí parte desde bastantes años atrás, desde que por azar leí *El retorno* casi finalizado los sesenta y aquellos versos supieron acercarme a una voz distinta. Transparente y atormentada voz, la cual bajo una poderosa fuerza elegíaca, la del poeta y la del hombre, sabiamente articulada, conservaba intacta la pulsión y la hondura del niño que un día fue y que aún seguía golpeando las paredes del tiempo con su grito de angustia y desamparada soledad, a la vez que esa misma palabra trascendía todo lo que evocaba dejando paso libre a la luz de los espacios donde la claridad del recuerdo emanaba fresca frente a la intimidad de lo más inmediato o cotidiano, y también contenía la desesperación y la impotencia ante lo más amado que le fue destruido.

Después de este inicio yo busqué más libros suyos, y también lo escuché reclamar libertad junto a la voz de tierra sin fronteras de Paco Ibáñez, expandir sus poemas con esa gravedad honda y sobria que articulaba el tiempo midiendo los silencios.

“Un sitio entre las rosas”

Arrebatada por el odio  
disuelta en el dolor absoluto de las cosas  
me dejaste una herencia de suspiros.

Como tú sufro por los días  
que han de venir por los males que acechan  
por los niños que claman su turno  
en nuestra sangre.

Desde este lado se puede aún pensar  
en lo que nos aguarda  
en lo que por las noches se fragua  
al margen de los sueños.

Es hermoso soñar como en un puente  
de la vida a la sombra: sonreír  
ser objeto de luchas enconadas...

Si amanecemos viejos comenzamos  
el mundo una vez más. Con el jabón del alba  
la máscara aparece.

Pero tú ya acabaste. Desde aquí mis deseos  
te procuran un sitio entre las rosas.

No sé lo que será de mis deseos. (De *Elegías a Julia Gay*, 1993)

“Todo lo que es profundo ama la máscara” dice Nietzsche (1994). Aquí asistimos también a esa metáfora bellísima del hombre que se aferra a la niñez como el puente que salva de alguna manera, que le permite soñar frente al desdoblamiento de la máscara, sentir la crudeza del paso del tiempo con toda lucidez y empezar con el alba cada día: niño y hombre, auestas, como Sísifo, con la roca del conocimiento profundo sabiendo que: “Si amanecemos viejos comenzamos”.

JAG, sin él sospecharlo, me enseñó en esos años donde aquí en Cataluña era foránea, a conocer y amar la poesía de los grandes poetas catalanes contemporáneos. A través de aquella primera antología, que José Agustín preparó y tradujo —*Poetas catalanes contemporáneos* (1968)— y que conservo como un tesoro, yo recibí en esa dualidad de lenguaje una lección de belleza y hondura. En sus sorprendentes giros y metáforas, en la rica versatilidad de una lengua que aún desconocía y que me fue ofrecida en una traducción que sólo pudo acometer como él lo hizo, con el rigor y la sensibilidad de un gran poeta como José Agustín Goytisolo. Así mismo, y a través de sus versos transeúntes, aprendí a mirar a esta ciudad de inteligentes y complejos dédalos en la que vivo bajo otra luminosa perspectiva. Imágenes que él, y otros poetas de su generación o grupo, como Gil de Biedma, Barral o Ferrater supieron acercarnos con la razón y pasión de sus metáforas y reflexiones.

Toda poética de José Agustín parece de alguna forma transitar por la vida en libertad, salirse de los límites, de márgenes marcados por libros o auditorios y expandirse a la vez múltiple y precisa en cualquier lugar del mundo. O albergarse de pronto, cobijada bajo el reducto insomne de la complicidad del lector entregado. Ya sabemos que el poema para él — como para Borges y tantos otros autores— era lo importante: “Mira, Efi — decía— entre el poema y el autor la primacía es siempre del poema”.

Sabemos también que la poesía era su vida: “Es mi vida”, como él decía rotundo y grave en una de las muchas conversaciones que ambos sostuvimos. Y es verdad: era su vida. Es su vida. Todo es poético para Goytisolo, capaz de transformar en un espléndido poema la pérdida de una maleta, o las horas quemadas de su propio silencio... Todo.

“Para un verdadero poeta —dice Borges— cada momento de la vida, cada hecho, debería ser poético, ya que profundamente lo es” (1972). Lo que confiere a Goytisolo su autoridad incuestionable —que también de algún modo sería aplicable al autor bonaerense— ese lugar que merecidamente ocupan ambos en la historia de la poesía, es ese punto heteróclito híbrido y personal entre unos poemas que a menudo se oponen pero con una sólida y sutil trabazón donde no hay nada dejado al azar. Una despreocupación sólidamente engarzada por el preciso dominio del oficio y la poderosa intuición que prevalece intacta. Lo que tiene apariencia de espontáneo está concebido de la forma más perfecta posible; la trabazón que dispersa o agrupa el engranaje de las palabras conformando una red de precisión exacta. Al borde del naufragio en apariencia pero amarrados al mástil como Ulises, crean para el lector el juego inteligente del poema —o la idea— dejando que éste deguste su significado rescatando de paso el matiz omitido que llevará a la clave de lo que previamente ha sido de alguna forma escamoteado.

Muchas veces hablamos José Agustín y yo de lo que a ambos nos apasionaba, la extrañeza de la poesía. La extrañeza del arte y de la escritura.

—Yo creo que nadie nace artista, Efi.

—Discrepo absolutamente, ¿por qué entonces muchos intentan serlo y sólo construyen un almacén sin chispa y sin espíritu? Pienso que algo ajeno a nosotros alienta la poesía; la auténtica poesía.

—Bueno tú crees eso y yo te digo que la poesía es arte y artificio. Arte de saber buscar y decir las cosas de manera diferente. Porque todo está ya dicho en poesía. La manera de decirlo es lo diferente, y el artificio es, de pronto, saber levantar a una persona de la cama o del asiento con un cambio de verbo o con un adjetivo que no se esperaba. Yo he roto centenares de poemas no guardo nada, poema que no me gusta, ¡fuera!

—Entonces, y según tu criterio, ¿cuánto de fantasía y de realidad caben en un poema...?

—Casi todo es realidad modificado por la fantasía.<sup>1</sup>

Alguna vez discrepábamos... Yo opinaba, y lo sigo haciendo, que un poeta auténtico nace con esa carga, con ese extraño desasosiego que al fin y al cabo no conduce a nada material, y a veces uno —hay suficientes ejemplos de lo que digo— puede dejarse hasta la vida en un poema. O por ese

---

<sup>1</sup> Las citas de conversaciones con JAG provienen de una serie de largas conversaciones que él y yo mantuvimos, y que conservo grabadas. Sobre todo de una muy extensa del 30 de julio de 1997 en la terraza del café Santaló, posteriormente publicada con el título “Un poeta a contracorriente”, en la revista *Frontera* en diciembre de 1997. Al morir él esta entrevista se re publicó bajo el título de “El Ángel verde de José Agustín Goytisolo”, en *Letralia. Tierra de letras*, año XVII, n.º 280, 18 de marzo de 2013. Disponible en <<http://www.letrealia.com/280/entrevistas01.htm>>.

poema permanentemente inacabado que es casi siempre la vida de los extraños.

Porque no hay duda alguna en que desde esa fuga, desde esa agudeza testimonial y libertaria donde enmarca su época, Goytisolo, e incluso enlazando otros tiempos más lejanos con ese guiño múltiple de complicidad y sin arqueologías, seguimos observando este tiempo de ahora, cualquier ciudad, con esa manera universalizada de desbrozar caminos al futuro improbable. De repente surge el matiz autobiográfico presente en las líneas o de ese fondo filial reconocible. La claridad, la hondura en la forma expresiva, la autenticidad que lo anima y alienta no impide que nos deje un poso de extrañeza. Sus versos nos acercan a realidades concretas pero siempre mantiene la esencia del misterio. El lector parece atrapar una imagen real pero ésta se desvanece o diluye apartándose de lo anecdótico para penetrar sutilmente en la ambigüedad de lo inefable. Y todo aparece envuelto siempre por una suerte de pureza al fondo que prevalece en lo esencial de la imagen, o imágenes, proyectadas.

“Ciertas palabras puras”

Levántate: es el filo  
del tardo y gris amanecer  
de un día de noviembre. Advierte  
la señal: el vaho que tu aliento  
ha dejado en los fríos cristales;  
si te apartas se aclararán igual  
que tus recuerdos de otros días  
que imaginabas siempre permanentes  
por el amor que te brindaron  
ciertas palabras puras que tú  
ya conocías pero que nunca oíste  
pronunciadas entre el ahogo  
del deseo a morir y a comenzar  
una vez más. Hoy el recuerdo  
de aquel tiempo no puede devolverte  
ni la visión ni el gusto ni la seda  
ni el aroma o la voz. Eso  
quede para otras horas que tú  
crees que han de llegar. Ahora  
vuelve hacia la ventana y ábrela:  
deja que el aire te estremezca  
y piensa en otras cosas diferentes.  
Asómate: es el alba. Suenan  
como dormidas las campanas. (De *El rey mendigo*, 1988)

El alba como misterio o vigilia. Hora propicia en varios de los poemas de JAG.

—Cernuda nos recuerda que la poesía fija la belleza efímera ¿Se busca tal vez en el poema eternizar el instante?

—No —me dijo—, se busca en el poema eternizar lo eterno, que es lo efímero continuado.

—Entonces, y parafraseando a Quevedo, ¿sólo lo fugitivo permanece y dura?

—Sólo lo fugitivo permanece y dura atrapado en un poema. Efi. Atrapado en un poema. (Cubero y Goytisolo, 1997: 17 y 2013)

Personalmente opino que JAG y Borges, más que para escritores, son escritores para lectores. Dice JAG: “La obra es, en sí misma, más reveladora de la clase de lectores que el escritor prefiere que las propias aseveraciones del estilo de ‘a la minoría siempre’ o ‘a la inmensa mayoría’.

Porque el real y a veces no expresado deseo del autor está implícito en la propia obra, como entidad autónoma que es”. Él percibe la poesía: “Como una especialísima forma de conocimiento y experiencia, generadora de emociones y productora de placer”. Y añade más tarde que:

El papel más válido de un crítico literario es el de catador, el del que distingue y explica al público las diferencias, las calidades y los sabores; no el de homologador, cuantificador y clasificador, que acaba por hacer perder al potencial lector las pocas ganas que normalmente tiene de enfrentarse a un texto literario. (Goytisolo, “Introducción”, 1988)

Por otra parte, Borges defiende como valor supremo del texto literario — también como JAG— la cualidad legible, la legibilidad. Y afirma:

El buen lector es un lector de placer. El buen lector no lee las palabras, lee lo que está más allá de las palabras. El buen lector no tiene prejuicios académicos, no es un filólogo (es casi un anti filólogo). El buen lector sabe que el acto de la lectura es en sí un acto creativo, y que leer bien ya es un arte, una destreza y una magia. (Borges en Ibañez, 1999)

Piensa también que “cada lectura es un acto de creación y que un gran escritor crea a sus precursores. Los crea y de algún modo los prestigia” (Borges en Ibañez, 1999).

Las similitudes: Borges confiesa que más que la escuela lo educó la biblioteca de su padre. Y JAG me confesaba: “Yo nací niño y me hice escritor. En la biblioteca de mi madre. ¡Dilo! ¡Di que me hice poeta leyendo los libros de poesía que leía mi madre!.

Y la diferencias: Borges empieza por ser barroco en su estilo para después ser sutil y genialmente decantarse por la “modesta y secreta complejidad”, como él afirma.

Y Goytisolo comienza con una levedad honda y diáfana para más tarde adentrarse en poemas más discursivos o narrativos. En todos los poemas, la calidad y altura de los dos son siempre magistrales.

¿Qué comparte Borges con Goytisolo?: La perfección del verso. La condensación poética ceñida a la realidad pero con un cierto misterio que todo lo trasciende. Imágenes precisas, las regulares formas métricas que los dos aplicaban con maestría y soltura. Un corpus teórico importante acompañado de una tersa dicción. Un demoledor ingenio; cierta forma de punzante ironía. La verdad secreta y a veces autobiográfica que acecha en los poemas revestidos de una profunda desnudez. La enorme cultura —sin llegar a ser “culturalistas”— esa dignificación del lenguaje acompañado de una precisión impecable de sabia exactitud. Los dos también alteran rutinas, y los dos han recibido una cultura humanista. Borges como Goytisolo son profundos conocedores del interior humano y dan prioridad a los aspectos psicológicos del hombre. Por parte de Goytisolo también un compromiso con la realidad. Por parte de Borges las *inversas simetrías* que muchas veces nos ofrece en sus relatos y en algunos poemas.

Los dos alzan la verdad del poema: la clara y enigmática Verdad de la Poesía por encima de todo.

Los dos autores, desconciertan y a la vez seducen. Los dos asumen riesgos al hablar y lo saben. Los dos son provocadores, mas de signos distintos.

Hay unas sagaces puntualizaciones de Lluís Izquierdo sobre Borges con la que estoy de acuerdo absolutamente. Él dice con respecto al argentino:

Borges es el caso del reaccionario que descoloca al progresista. [...] Si éste se acostumbra a alardear de grandes campañas anónimas en pro de una humanidad a menudo abstracta, el autor de *Ficciones*, se limita al papel de estrategia de sí mismo. (1999)

Y yo añadiría lo mismo pero al revés: José Agustín Goytisolo es el caso del progresista que descoloca al reaccionario e, igual que Borges, *ni da lecciones ni las acepta*.

## América

—¿Cuándo deja un poema de ser creación para convertirse en dogma, José Agustín?

—Cuidado... la mayor ambición según Antonio Machado es ser un poeta anónimo, pero en vida. A veces lo he conseguido. Por Centro y Sudamérica están cantando *Palabras para Julia* y *El lobito bueno* y muchas veces ni saben que lo escribí yo. Y no hay nada que me produzca más orgullo que eso. Si fuera al revés sería vanidad. (Cubero y Goytisolo, 1997: 17)



Hacia la América hispana sintió JAG un amor expansivo y sin fisuras. La amistad y la lealtad para el poeta serán siempre sagradas. Cuba le debe aquella antología de *Nueva Poesía Cubana* que en el 68 nos acercó a poetas como Pablo Armando Fernández, Antón Arrufat, César López, Reina María Rodríguez, Nancy Morejón... “Los mejores de mi edad para abajo”, como él me decía. Y Lezama, su amigo, su gran amigo, del que publicaría los textos bellísimos y hondos que conocemos (*Posible imagen de José Lezama Lima*, el prólogo de la edición española de *Fragmentos a su imán*, y el poema “Vida de Lezama”).

Viajó a Chile, conoció a Salvador Allende:

Sí, en Cuba y en calzoncillos largos que le llegaban a las rodillas, leyendo el periódico tranquilamente en la puerta de su habitación — me confesó divertido— a mí me recordaba a mi tío Leopoldo, se parecían mucho físicamente. Yo le mandé un telegrama cuando ganó las elecciones y él me envió un billete para ir a Chile. Luego volví con mi mujer, poco antes del desastre de Pinochet... (Cubero y Goytisolo, 1997: 20)

JAG conoció y trató a Neruda y a través de él, Asunción y Goytisolo me contaron que se produjo un suceso de tintes surrealistas... Por su frescura y gracia no me resisto a comentarlo aquí:

Poco antes de ir a Chile, JAG fue a París a visitar a Pablo Neruda que residía allí como embajador; fue a verle y de paso a pedirle una carta de recomendación para Salvador Allende porque se iba a realizar un proyecto en Chile de casas económicas para familias desfavorecidas (José A. trabajaba para el Taller de Arquitectura de Bofill). JAG, aunque conoció a Allende en Cuba, necesitaba esa carta de Neruda como apoyo para presentar todo el proyecto. Pablo Neruda acogió muy bien la propuesta y escribió enseguida la carta que JAG le pedía. Antes de despedirse le preguntó al poeta chileno que cómo habría de llamarse el barrio, y Neruda le respondió: Villa Lunaria, y así lo escribió. José Agustín había quedado para cenar con Paco Ibáñez y su hermano Rogelio en una tasca cercana al hotel Namur donde se alojaba, y allá se fue con la carta cuidadosamente guardada en el bolsillo. En el transcurso de la cena entre amigos, se habló del citado proyecto y él les enseñó la misiva que le acababa de dar Neruda. Conversaron, cenaron, y al volver al hotel, José Agustín comprueba que no la tiene. Ni él ni sus amigos. Temiendo lo peor, descalzo como estaba, se fue corriendo donde habían cenado y podemos imaginar su angustia cuando comprueba que los manteles de papel una vez utilizados habían sido arrojados a la basura, y la carta con ellos. Con la lógica desesperación los tres amigos se pusieron a buscar por los contenedores y allí, por fin, apareció el ansiado documento. Como puedes suponer, me contaban, estaba absolutamente arrugada, y así llegó a las manos de Allende que probablemente se extrañaría de que JAG y Neruda, fueran tan descuidados...

-¿Y el proyecto cuajó?

- No, poco tiempo después se desencadenó la tragedia que todos conocemos. (Cubero, 1999)

Tantos poetas y amigos de las dos orillas, de casi todos los países de habla hispana, JAG se implicó en la defensa de la poesía, de las libertades. Se implicó en la dignidad de todo ser humano. Se implicó en la Paz.

La apasionada relación con la América hispana, como es sabido, y como el propio José Agustín me contaría, se fraguó en el Colegio Mayor Universitario Guadalupe en Madrid, en los cincuenta. Él se alojaba en la pensión de Doña Sagrario, a *once pesetas la pensión completa*, “mira que ripio” —me contaba— en frente del bar El Diamante de Honorio, donde se reunía con Emilio Lledó, Valente, Caballero Bonald y un poco más tarde conoce también a Ángel González y Claudio Rodríguez.

Salvo Costafreda y Bonald, en el 51 ninguno había publicado aún. En el Guadalupe conoce y convive con los poetas nicaragüenses Ernesto Mejía Sánchez y Carlos Martínez Rivas, JAG los valoraba mucho, decía que eran extraordinarios; a Ernesto Cardenal, al colombiano Eduardo Cote, a Jorge Gaitán... Los latinoamericanos llegaban con libros que en tiempos de Franco no se leían, José Agustín se encontró allí con el impacto de la poesía de Vallejo, de Neruda...

Savia nueva, nuevas voces que igual que sucedió mucho antes con el modernismo, cuando *Darío cambia la materia y la forma de los poetas españoles desde los Machado o Juan Ramón hasta Lorca o Aleixandre* que, como nos recuerda Octavio Paz, *significó una forma de entrenamiento para ejercer su propia libertad con un mismo Cervantes, con un mismo Rubén en la raíz, y así es fácil observar que Borges, Neruda Vallejo, Vargas Llosa, García Márquez, o el propio Octavio Paz, se expresan desde luego de otra forma distinta:*

La unidad de la desunida Hispanoamérica —dice Paz— está en la literatura [...] Los escritores hispanoamericanos han cambiado al castellano y ese cambio es precisamente la literatura hispanoamericana. (Paz en Lázaro, 1990)

Apelamos también a su magisterio cuando en el prólogo a *Poesía en movimiento (México, 1915–1966)* (1966) Octavio Paz afirma:

A partir del “modernismo”, se entabló un diálogo entre España e Hispanoamérica. Ese diálogo es la historia de nuestra poesía: Darío y Jiménez, Machado y Lugones, Huidobro y Guillén, Neruda y García Lorca. [...] Subrayo el carácter hispanoamericano de nuestros autores porque creo que la poesía escrita en nuestro país es parte de un movimiento general que se inicia en 1885 en la porción hispánica de América. No hay una poesía argentina, mexicana o venezolana: hay una poesía hispanoamericana o, más exactamente, una tradición y un estilo hispanoamericanos. Las historias nacionales de nuestra literatura son tan artificiales como nuestras fronteras políticas. Unas

y otras son consecuencia del gran fracaso de las guerras de independencia. Nuestros libertadores y sus sucesores nos dividieron. Ahora bien, lo que separaron los caudillos —se pregunta— ¿no lo unirá la poesía. (1966: 4)

Muchos años después, al morir en Mérida (México, 1985) Mejía Sánchez, José Agustín le dedicaría un poema elegíaco y bellísimo que no me resisto a transcribir y que podría servir muy bien como clave hacia esa verdad del poema que Goytisolo, Gil de Biedma y Borges proclamaban.

“El calor más puro de Ernesto Mejía Sánchez (1993)”

Puse mi corazón  
—dijiste— entre las brasas:  
y es cierto pues tu vida  
ha sido arder y arder  
en cualquier paradero  
de la tierra. Cobijas  
siempre el calor más puro  
en tu pecho; y el frío  
no te daña ni puede  
helarte las palabras  
que yo siento muy cerca  
—como tu corazón—  
mientras estoy leyendo  
tus versos incendiados. (Goytisolo, 1999)

Tiempo intenso de lecturas, de discusiones apasionadas. Cuando vuelve a Barcelona continúa conversando de poesía con sus amigos Jaime Gil de Biedma y Carlos Barral mientras sigue trabajando en *El Retorno* e incluso al marchar a Menorca para hacer el servicio militar. Este primer libro, elegíaco y único, vio la luz en el 55, en la colección Adonais, seguido de *Final de un adiós*. Años más tarde las dos entregas culminarían en *Elegías a Julia Gay* donde, como es sabido, se desvela la verdadera destinataria de los poemas. Todo esto sería el comienzo de un extraordinario poeta que continuó con *Salmos al viento*, solemnidad sálmica para la sátira más corrosiva. A mí me llamaba poderosamente la atención de que ese libro estuviera en las librerías sin que la censura interviniera... “Bueno, —me aclaró el mismo JAG— los censores leían salmos y pensaban que eran cosas religiosas, ni se molestaron en leerlo. ¡Y mira que el Tríptico del soldadito era una llamada a la desertión...!” (Cubero y Goytisolo, 1997: 19).

Alrededor de 21 libros publicaría JAG. Algunos fueron merecedores de premios importantes, casi todos obtuvieron buenas críticas. A JAG, por méritos propios, jamás le faltaron muy buenos exégetas.

Pese a la singular polifonía de voces y de mundos, de la extraordinaria variedad temática de personajes y ritmos diferentes que pueblan una de las obras tuyas que a mí más me seducen, *El Rey mendigo*, parecen resonar sobre el silencio de una sola voz; la del propio Goytisolo. Llevan el sello

desgarrado y sereno del poeta, del exquisito artífice que fue, que es y que siempre será José Agustín. Esa aguja imantada apunta al corazón y a la esencial materia del lenguaje que se adueña del tiempo y los olvidos, hacia sus supuestos enmascaramientos que él jamás me desmintió. Personalmente ese libro me sedujo desde el momento que lo leí, es fácil constatar que los personajes históricos, alguno anónimo y conocidos otros, ocultan claves que van más allá de lo nos que proponen los poemas. Hay una serena amargura en ese libro que lo hace diferente, desencanto, cuentas pendientes que saldar con uno mismo y, sobre todo, una altura poética que no baja el listón desde el principio hasta el final. Sentimos con esa intensidad de su lectura que todo es verdadero; que hay mucho de autobiográfico y de intrahistoria en la sucesión de esa dialéctica de tiempos diferentes que Goytisolo de alguna forma habita, y que es también, desde esa proyección del interior, un ser deshabitado.

“Un destello un temblor”

El piensa ahora en sus renunciaciones  
que con ser muchas no se terminaron  
pues faltan todavía por llegar  
el ocaso de todos los deseos  
la desaparición de los amigos  
las grietas en los muros de la casa  
que ama; y sobre todo los recuerdos  
de algunas horas de esplendor  
como campos de trigo al mediodía.

No le preocupa cuándo ha de morir  
pero quisiera fuese en el dominio  
de unos ojos frente a los suyos.  
Y de pronto ahí están: ¿esto es real  
o una artimaña de la fantasía?  
No importa: la mirada que esperaba  
está presente y todo en él semeja  
transfigurado al devolverle el tiempo.  
Se percibe un destello hay un temblor  
en su rostro que le delata  
y habla por él: está muriendo aquí  
en la luz que le invade en este instante. (De *El rey mendigo*, 1988: 58)

—¿Eres acaso poliédrico, José Agustín? Le pregunté cierto día. Y él,  
con un ligero toque de amargura, me respondió:

—Bipolar. Soy bipolar

—¿Simbolismo en tu obra?

— No hay ninguno.

— Claves, entonces...

— Claves muchas. Muchas.

— ¿Y cuál es tu libro preferido?

— Como tú, prefiero *El Rey mendigo*... (Cubero y Goytisolo, 1997: 20)

Que Goytisolo es un poeta esencialmente urbano, amante, transeúnte eterno de su hermosa ciudad, ya lo sabemos; por su poética atenta al laberinto cosmopolita y a los que como él mismo deambulan por su urdimbre, por supuesto. Pero también, cuando la mirada de Goytisolo focaliza el paisaje, sobre todo con ese poso y ese paso único en *Los pasos del cazador*, la naturaleza es percibida siempre casi como su propio estado de ánimo. Esa inquietud larvada (incluso esgrime allí la cívica denuncia) sacude la soledad de los entornos. Porque el poeta no permanece pasivamente aislado ni siquiera en la contemplación; vive inmerso en el vértigo del mundo y en sus complejidades, no mitifica nada, ni al poeta, ni al ser humano, ni al terreno que pisa, todo para él es susceptible de cambiar, de mejorarse, de perfeccionarse; empezando por él mismo —su crítico más duro— sin lograrlo jamás; de ahí que prevalezca, absolutamente viva y en pie, su permanente contemporaneidad. La irreductible vigencia de una modernidad absoluta.

Lo cierto es que son los romances tradicionales sometidos al fluir del tiempo que Goytisolo, como otros muchos, recoge de forma oral y nos los devuelve enriquecidos desde sus afiladas estilizaciones o sus sobrias metáforas cargadas de contenidos y soterradas claves. El paisaje, como también el paisanaje, se abre ante nosotros y nos descubre bajo su apariencia en paralelo a la antigua lírica de los juglares o los trovadores, su exquisita levedad, el misterio de una tierra bajo su aparente sencillez clara y profunda.

Frente a la luminosidad de un paisaje que pese a lo abierto y ancho de sus múltiples perspectivas, jamás es apresado, el estilete reivindicativo que el cazador de Goytisolo dirige a las conciencias subyace con una esencial fuerza. Nada es casual en unos versos que saben decir o sugerir con una voz cambiante y selectiva de múltiples ritmos marcados por la sobriedad y la esencialidad en el tono flexible de las escogidas imágenes.

La penetrante mirada del poeta, sintetiza en unos versos —estamos en los cincuenta— toda la corriente migratoria que desangraría cauces de difícil retorno. En *Los pasos del cazador* José Agustín, es a la vez el acosador y el acosado, representa el cazador pero también la presa frente a ese maravilloso desdoblamiento de espejos desde donde percibe la realidad como la flecha y el arquero de los griegos

Los pasos del cazador —me dijo— son como los pasos de una pasión. Son los pasos del ser libre, del que va hacia la libertad... Tienen una simbología casi, casi, religiosa. Libre, siempre al aire de su voluntad. Siempre la gente sedentaria ha odiado la libertad del nómada.

Puesto que hablas de ese concepto —le dije— tú has afirmado que “Cuando se percibe de pronto un viento de libertad es porque esa libertad no se tiene”. Y yo me pregunto, si José Agustín Goytisolo, tan libre, no goza acaso de esa libertad...

—La he tenido. Me ha costado muchísimo pero la he encontrado. Incluso en un calabozo he sido libre siempre. Siempre he sido libre.

Jamás he seguido los dictados de ningún partido, ni socialista, ni comunista, ni nada de nada. Libre. Como un pájaro cantando. Soy antifranquista pero no deseo militancias. Yo no creo en salvadores. Nunca he creído en la salvación. No hay nadie infalible. (Cubero y Goytisolo, 1997: 16)

José Agustín Goytisolo marca así, ya sea en la naturaleza (del que era un defensor acérrimo, un ecologista convencido) en la propia ciudad, o en la poesía, la particular defensa de un territorio que es suyo y es de todos.

Subrayando su impronta libertaria, nada contracorriente, sigue todos los vientos, y al mismo tiempo ahonda en la sabiduría de quienes lo preceden. Y puede ser muy cáustico, cuando esgrime su voz contra las injusticias, y muy tierno también. Tan de cristal, que mantiene encendida su personal linterna para que alumbré a otros.

Aparte de ser autor, como es sabido, de un buen número de libros Goytisolo tradujo a poetas italianos como Montale, Ungaretti, Pavese, Quasimodo, o Pasolini.

—A mí me interesaban los mejores poetas que había en Italia —me dijo—, para mí por orden el mejor de todos es Eugenio Montale, el segundo Salvatore Quasimodo y el tercero Ungaretti, aunque a mí eso de “M’illumino d’ inmenso” no me va, yo me ilumino de luz. De la vida.

También me habló de sus encuentros con Pasolini, del que tradujo tres guiones de sus películas: *Accatone*, *Mamma Roma* y *Edipo rey*. Los dos primeros escritos en romanesco, un dialecto italiano.

No tuve más remedio que ir a Roma y la Campania para aprenderlo —subrayó. Los tres guiones estaban producidos para Carlos Barral, a quien yo quería muchísimo, él y Jaime Gil de Biedma fueron dos de mis mejores amigos.

Ahora que se han cumplido 75 años de la muerte de Antonio Machado, recuerdo que hablé con José Agustín de aquella reivindicación en forma de homenaje que aquella mítica Generación del 50 le rindió al cumplirse 20 años de la muerte del poeta. Los primeros en hacerlo en una época difícil.

—Sí, fue un acto político además de poético. De ahí surgió mi libro *Claridad*, que es un homenaje, no todo a Machado como se ha dicho, sino a todo mi grupo de excelentes poetas y amigos.

A veces miro las fotografías que realizó Asunción Carandell a los miembros de su generación. En Colliure, en Formentor, en tantos sitios, allí están tantos poetas desaparecidos, de Barcelona, de Madrid, de varios lugares de España: Ángel González, Gil de Biedma, Blas de Otero, Costafreda, Carlos Barral, Valente... Y también el felizmente entre nosotros, José Manuel Caballero Bonald. Las sonrisas de los personajes captados por la cámara se

impregnan de una luz mediterránea que fija tantos sueños. Tienen la alegría del sol y una esperanza de futuro que parece iluminarlos por dentro.

El tiempo, como las olas, se lleva muchas cosas pero no estas miradas transparentes y cercanas que parecen eternizarse como sus versos. Actitudes y gestos, reservas y aperturas, deseos, dolor, reivindicaciones, sonrisas y miradas; cómplices, vivas, francas, abiertas, fugitivas, huidizas, inconformistas: “Condenadas a ser libres o extranjeras en un mundo sin sentido” —como Sartre (1993) diría— que aún nos contagian su deseo de luchar por un mundo más humano y habitable y seguir batallando con las armas incruentas para que todo cambie, agrupadas bajo un mismo objetivo, bajo idénticos conceptos de paz y tolerancia, de solidaridad frente al dolor ajeno que también es el propio. Focalizadas bajo su combativa indefensión; reveladas en su creador inconformismo; reflejadas en su acompañada soledad, su alegría, su angustia, su pasión de vivir y de ayudar creando. Detenidas un instante bajo el flash que no asfixia ninguna perspectiva, en las hojas del álbum del corazón quedan como un latido, como una bocanada fresca de sal y libertad. Como una manera de *eternizar lo eterno* que, como él nos dijo no es más, pero tampoco menos, que *lo efímero continuado*.

En verano de 1969, JAG viaja a Uruguay y más tarde, mediados del mismo año, lo hace por primera vez a la Argentina. Concretamente a Buenos Aires en compañía del arquitecto Ricardo Bofill con el que por entonces, como es sabido, José Agustín colaboraba. Ambos, en representación del Taller de Arquitectura de Barcelona, acuden a un Congreso organizado por la Unión Internacional de Arquitectos, casi todos jóvenes. Dicho congreso se celebró en el barrio llamado la Pileta de Núñez donde se encuentra la facultad de Arquitectura y su duración fue de tres días intensos y reivindicativos. A Goytisolo le entusiasmaba aquel viaje por varias razones, la más importante: conocer a Borges y charlar con él puesto que a José Agustín, que conocía a fondo la obra de Jorge Luis Borges, le fascinaba la calidad de su obra poética además de sentir curiosidad por la compleja personalidad del escritor bonaerense tan distinto y distante a él en tantos aspectos pero tan cercanos en cuanto a lo que de Borges a Goytisolo más le interesaba, su altura en poesía; aunque admirara también, y mucho, una prosa, en sus palabras, “llena de mágica inventiva y de recovecos de una belleza decadente, pues casi siempre lo decadente es bello” (Goytisolo, 1972: 12).

El país andaba revuelto por aquellas fechas y descontento con la presidencia de Juan Carlos Onganía. Al autoproclamarse Onganía presidente de honor del citado congreso los jóvenes estudiantes se opusieron y hubo desórdenes y tumultos. Todos los asistentes fueron cercados por la policía. A raíz del suceso, José Agustín y Ricardo Bofill tuvieron que salir precipitadamente del país con gran disgusto por parte de Goytisolo que deseaba disfrutar de la ciudad recorriéndola sin prisas, charlar con los amigos, perderse entre sus gentes, conocerla de cerca y



sobre todo, y lo más importante, ver a Jorge Luis Borges, oírle hablar de su poesía, y de paso proponerle la edición en España de una selección antológica de su obra en verso.

Posteriormente haría dos viajes más con gozosos reencuentros como el del poeta Francisco Urondo al que había conocido en Cuba, también fue amigo de Alejandra Pizarnik a la que comparaba con Ana María Moix, la recientemente fallecida, buenísima poeta catalana, porque según él, interiormente Pizarnik tenía algo que le recordaba a Ana María Moix, pero, “con problemas que la autora barcelonesa no tenía. Otro amor”, acostumbraba a decir...

Estuve en Argentina antes de Videla y después de Videla —me contaba—, y asesinaron allí a amigos míos como Francisco Urondo, publicado en Ocnos, y Enrique Wolff y el hijo de Juan Gelman. (Cubero y Goytisolo, 1997: 19)

Argentina para él, y concretamente la ciudad de Buenos Aires, no sólo significaron un enclave geográfico de América hacia el que manifestó una gran empatía sino algo mucho más profundo ligado a lo vivido allí con intensidad y principalmente al afecto y admiración que JAG sintió por los autores antes mencionados, incluyendo también, como no, al gran Julio Cortázar.

Volviendo a su relación con Borges dos años después y una mañana del 12 de agosto, invierno en Buenos Aires e intenso frío, sube por las escalinatas de barandas con forma de bolilleros (el imponente edificio estaba destinado originariamente a Lotería Nacional) de la Biblioteca, ubicada en la calle México 564 donde Jorge Luis Borges desempeñaba por entonces el cargo de Director, cargo que ocupó desde 1955 a 1973, con una eficacia digna de elogio, puesto que gracias a su empeño y secundado por el subdirector José Edmundo Clemente, se promovió la construcción de la nueva sede, la actual era absolutamente necesaria debido al amplio patrimonio con el que la Biblioteca Nacional contaba. El decreto lo firmaría en 1958, el entonces Presidente Arturo Frondizi, adjudicando los fondos presupuestarios y creando una Comisión Honoraria presidida por el propio Borges.

El deseado encuentro se lo procuran a Goytisolo, con celeridad y eficacia, Norman di Giovanni y Carlos V. Frías. Allí reinaba Borges en su mundo de sombras externas, pero de lucidez profundamente clara, en la impecable ejecución al frente de la misma y en su personal e inigualable obra.

Mientras José Agustín me explicaba su primer encuentro con Borges en aquel despacho de la Biblioteca (que por otra parte dejó perfectamente descrito en la introducción de la antología *Jorge Luis Borges. Poemas escogidos* (en la colección OCNOS, 1972), esa imagen se confundía en mi imaginación con otra que el mismo Borges pone al frente de “El Hacedor” cuando el autor argentino imagina que conoce a Leopoldo Lugones



(Lugones se suicidó en 1938) y le entrega ese libro que le dedica. Como todo en su obra no tiene desperdicio este juego de espejos tan borgiano...

Los rumores de la plaza —escribe Borges— quedan atrás y entro en la Biblioteca. De una manera casi física siento la gravitación de los libros, el ámbito sereno de un orden, el tiempo disecado y conservado mágicamente [...] Absortos en su lúcido sueño, se perfilan los rostros momentáneos de los lectores. (Borges, 1960)

Después se le deshace el sueño “como el agua en el agua” y vuelve a su propio ámbito, el mismo al que Goytisolo accede, que se ubica en la calle México y no en la calle Rodríguez Peña donde ha soñado que visitaba a su admirado Lugones... “Mi vanidad y mi nostalgia —aclara— han armado una escena imposible”.

Ahora mismo se pueden unir estas historias de juego cervantino o laberinto simbólico entre los dos poetas y recrear este encuentro con las mismas mágicas palabras borgianas: “Así será —me dijo— pero mañana yo también habré muerto y se confundirán nuestros tiempos y la cronología se perderá en un orbe de símbolos...” (Borges, 2005).

El frío de Buenos Aires hizo que Asunción Carandell, mujer de Goytisolo que lo acompañó en ese viaje, tuviera que quedarse en el hotel aquejada de una fuerte gripe —la propia Asunción me lo confesó en varias ocasiones— pero en el relato que él hace de ese encuentro tan esperado la sitúa en el escenario como parte integrante de especial relevancia, haciéndola partícipe, como si su presencia lo acompañara en algo que para un poeta como José Agustín fue, sin ninguna duda, importante y decisivo:

Su casi absoluta ceguera no se percibe al momento, pues se mueve con bastante soltura y sin vacilaciones. Imagino que emplea el bastón cuando camina por lugares que no conoce, aunque me dijeron que va siempre acompañado a todas partes. (Goytisolo, 1972: 17)

La sagacidad del poeta que es Goytisolo, capta la porción de soledad que un creador como Borges necesita. Ese deambular a ciegas por los corredores que habían sido destinados al juego de un azar, tan caro al escritor, y de paso, transitar por las estancias de su propio interior atento a los sonidos inaudibles. Podemos imaginarlo ahora mismo al detenernos en unos versos suyos acaso creados en ese laberinto hipotético que resultaría la Biblioteca para la cual, y en la cual, trabajaba. Aquí se halla también implícito, ese Otro, que se mira al espejo de la obsesión borgeana y tan universal.

“Poema de los dones”

De esta ciudad de libros hizo dueños  
A unos ojos sin luz, que sólo pueden  
Leer en las bibliotecas de los sueños

### Los insensatos párrafos que ceden

las albas a su afán. En vano el día  
les prodiga sus libros infinitos,  
arduos como los arduos manuscritos  
que perecieron en Alejandría.

Lento en mi sombra, la penumbra hueca  
exploro con el báculo indeciso,  
yo, que me figuraba el Paraíso  
bajo la especie de una biblioteca.

Al errar por las lentas galerías  
suelo sentir con vago horror sagrado  
que soy el otro, el muerto, que habrá dado  
los mismos pasos en los mismos días.  
¿Cuál de los dos escribe este poema  
de un yo plural y de una sola sombra?  
¿Qué importa la palabra que me nombra  
si es indiviso y uno el anatema? (De *El otro, el mismo*, Borges, 1997:  
809)

Por parte de Goytisolo, poseemos la única versión de aquellos diálogos que los dos mantuvieron. Sin grandes variaciones pero con algún matiz omitido al narrar los encuentros, sobre todo al frente de la antología y en alguno que otro artículo, José Agustín me contó la grata impresión que se llevó al conocerlo personalmente. Cosa que al parecer, y por lo satisfecho que quedó el argentino de la antología, fue algo mutuo. Ninguno de los dos mencionó política alguna y todo se desarrolló con una cordialidad exquisita.

JAG iba bien preparado puesto que conocía muy a fondo poesía y juicios emitidos en torno a la obra del autor argentino y logró sorprender a un Borges muy de vuelta ya de tantas cosas. Días después quedaron en casa de Borges para preparar la antología, en la calle Maipú esquina Alvear, allí mantuvieron ambos intensos días de lecturas y charlas de la que salió la primera y magnífica antología publicada en Ocnos.

A Borges yo lo quería mucho —me decía José Agustín— yo siempre dije que lo más importante de él es la poesía. Donde más se desnuda. Su casa estaba siempre en penumbra, al ser él ciego... Vivía entonces con su madre Leonor Acevedo, y con una criada llamada Fanny y caminaba con soltura, sin tropezar, como si viera en realidad. Me hacía leer sus poemas. Tres días estuve con él preparando la antología, quedó muy contento con ella. Siempre hablaba de la parte inglesa de su familia pero también en sus apellidos se hallaba impresa la herencia sefardí de judíos portugueses convertidos, y yo le dije: ¿Por qué no habla de los judíos?  
—Tengo dos poemas, me dijo, “Israel” y otro...

Se los hice poner en la Antología. El Sur, para él, terminaba en la esquina de su casa. Toda, Buenos Aires para abajo, hasta la Patagonia y Tierra de Fuego, era el Sur para él... (Cubero y Goytisolo, 1997: 19)

“Una llave en Salónica”

Abarbanel, Farías o Pinedo,  
arrojados de España por impía  
persecución, conservan todavía  
la llave de una casa en Toledo.

Libres ahora de esperanza y miedo,  
miran la llave al declinar el día;  
en el bronce hay ayeres, lejanía,  
cansado brillo y sufrimiento quedo.

Hoy que su puerta es polvo, el instrumento  
es cifra de la diáspora y del viento,  
afín a esa otra llave del santuario

que alguien lanzó al azul cuando el romano  
acometió con fuego temerario  
y que en el cielo recibió una mano. (De *Poemas escogidos*, Borges,  
1972: 67)

Goytisolo afirmaba que Borges era un clásico. Si atendemos a T. S. Eliot, cuatro condiciones debe tener un clásico:

- Madurez de espíritu, o conciencia de ser herencia de una cultura (la grecolatina) e inicio de la literatura occidental.
- Madurez de costumbres, que implica una conciencia universal.
- Madurez de lenguaje, o capacidad de reescribir la tradición.
- Perfección del estilo común, o la capacidad de presentar un conocimiento acabado del mundo. (1944)

Así mismo, Cabrera Infante (1986: 70) afirma que Borges es el mejor escritor español desde Quevedo. Pienso que el Borges poeta lo concentra todo: un mundo propio que aúna el pasado y el presente gobernado a la vez por la emoción y el intelecto. La verdad del poema que es autobiográfico, y a la vez despegado de la propia realidad; explora el interior y también guarda el germen de lo narrativo. Lo condensa maravillosamente. El universo borgiano es lenguaje perennemente vivo y no se agota, se halla siempre en proceso de desvelar nuevas claves y símbolos. Un texto, tejido de sencillez aparente pero de difícil complejidad, que siempre nos devuelve nuevas imágenes de una asombrosa perfección geométrica que jamás deja cabo suelto alguno.

La verdad del poema en Borges —como en José Agustín, sobre todo en el ya citado *El rey mendigo*— es cíclico, como para los griegos o los

romanos, mediterráneo, o también como lo oriental tan querido por Borges, pero a su vez es lineal puesto que las palabras fluyen heraclitianamente, arrastrando sedimentos de todas las culturas que siguen esas huellas imperecederas, como en *El Aleph*, contenedor del universo en la esfera borgeana donde nos advierte: “Vi la noche y el día contemporáneos”. Esa fusión de los opuestos, unidos lo visible y lo invisible, como igualmente a veces cierto distanciamiento, el particular guiño y la ironía que ambos comparten hacia conceptos que se tambalean.

Nuestro destino [...] no es espantoso por irreal; es espantoso porque es irreversible y de hierro. El tiempo es la substancia que me arrebat, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego. El mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges. (De “Nueva refutación del tiempo”, 1952)

José Agustín Goytisolo y Jorge Luis Borges, siempre serán verdad. Son verdad en el poema. Avanzan, contemporáneamente y son intemporales y se filtran ahí, mucho más hondo, más hacia el interior, en la tinta secreta del músculo que siente y que bombea en un latir universal y único. Esa incisión, la clave, lo que de verdad siempre permanece y retorna en palabras, y se alza para siempre en la energía vital de la escritura dejando la extrañeza. Lo irreal de lo cierto.

## BIBLIOGRAFÍA

- BORGES, Jorge Luis ([1952] 2005), “Nueva refutación del tiempo”, en *Otras inquisiciones. Obras completas*. Madrid, RBA-Instituto Cervantes.
- \_\_\_\_ ([1960] 2005), “Prólogo a *El hacedor*”, *Obras completas*. Madrid, RBA-Instituto Cervantes.
- \_\_\_\_ (1960), “Prólogo: A Leopoldo Lugones”, en *El hacedor*. Buenos Aires, Emecé.
- \_\_\_\_ ([1972] 2005), “Prólogo al Oro de los tigres”, *Oro de los tigres*. Buenos Aires, Emecé editores.
- \_\_\_\_ (1972), “Una llave en Salónica”, en *Poemas escogidos*. Barcelona, Llibres de la Sinera-OCNOS.
- \_\_\_\_ (1997), “Poema de los dones”, en *El otro, el mismo*. Buenos Aires, Emecé editores.
- \_\_\_\_ (2005), *Obras completas*. Madrid, RBA- Instituto Cervantes.
- CABRERA INFANTE, Guillermo (1986), “La muerte de un inmortal” en “La muerte de Borges”, *ABC*, domingo 15/06/1986, p. 70.

- CUBERO, Efi (1999), *José Agustín Goytisolo: palabra de libertad*. Mérida, Sementera.
- CUBERO, Efi y GOYTISOLO, José Agustín (1997), "Entrevista: Un poeta contracorriente" en *Revista Frontera*, 20 de diciembre de 1997, pp. 11-21.
- \_\_\_\_ (2013), "Entrevista: El Ángel verde de José Agustín Goytisolo", en *Letralia. Tierra de letras*, año XVII, n.º 280, 18 de marzo de 2013. Disponible en <<http://www.letrealia.com/280/entrevistas01.htm>>.
- ELIOT, T.S ([1944] 1975), *What is a Classic*. Conferencia. Traducción de Miguel Ángel Garrido Gallardo. Madrid, S.G.E.L.
- \_\_\_\_ (2004), "Lo clásico y el talento individual" (Colección, Pequeños Grandes Ensayos). México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- GARRIDO GALLARDO, Miguel Ángel (1990), *Diccionario Akal de Términos Literarios*. Madrid, Akal.
- \_\_\_\_ (1975), *Introducción a la Teoría de la Literatura*. Madrid, S.G.E.L.
- GOYTISOLO, José Agustín (1968), *Poetas catalanes contemporáneos*. Barcelona, Seix Barral.
- \_\_\_\_ (1972), "Prólogo: posible imagen de Jorge Luis Borges", en Borges, J.L, *Poemas escogidos*. Barcelona, Llibres de la Sinera-Ocnos.
- \_\_\_\_ (1988), *El rey mendigo*. Barcelona, Lumen.
- \_\_\_\_ (1993), *Elegías a Julia Gay*. Madrid, Visor.
- \_\_\_\_ (1999), *Poesía*. Carme Riera (ed.). Madrid, Cátedra.
- IBÁÑEZ, Andrés (1999), "Centenario de Borges. Teoría del buen lector", *ABC cultural*, 12 de junio de 1999.
- IZQUIERDO, Lluís (1999), "Escribir con el siglo", Centenario de Borges. *ABC*, 12 de junio de 1999.
- PAZ, Octavio (1966), *Poesía en movimiento (México, 1915-1966)*. México, Siglo veintiuno editores.
- \_\_\_\_ (1990), *Ámbitos Literarios*. Barcelona, Anthropos.
- SARTRE, J. P. (1993), *El existencialismo es un humanismo*. Barcelona, Edhasa.
- NIETZSCHE, F. Friedrich (1994), *Aforismos*. Andrés Sánchez Pascual (ed.). España, Edhasa.
- YOURCENAR, Marguerite (2012), *El laberinto del mundo*. Emma Calatayud (trad.). Madrid, Alfaguara.